
Mario Agudo Villanueva, *Macedonia. La cuna de Alejandro Magno*. Madrid, Dstoria edicions, 2016, 254. pp [ISBN: 978-84-941455-7-5].

El título de la obra que reseñamos puede resultar engañoso, puesto que no se trata de otra biografía sobre Alejandro Magno, al contrario, este libro es la primera monografía escrita en lengua castellana sobre la antigua Macedonia. A diferencia de lo que ocurre con el célebre conquistador macedonio, los estudios sobre su lugar de origen no han tenido apenas incidencia en la historiografía española, por lo que resulta un motivo de alegría que por fin podamos contar con una pequeña monografía en nuestra lengua sobre este tema. Si tenemos en cuenta la carencia de fondos bibliográficos que hay en las bibliotecas españolas sobre la antigua Macedonia puede calificarse casi de milagro su publicación. Si observamos la formación del autor, Mario Agudo Villanueva, un periodista especializado en arqueología e historia antigua, podríamos considerarlo como una proeza, ya que un *outsider* del mundo académico ha conseguido lo que otros no pudieron.

Todo lo dicho hasta ahora nos sirve para entender las dificultades que ha tenido que hacer frente el autor para engendrar la obra que reseñamos. Las 254 páginas que conforman el libro se dividen en cuatro bloques:

En el primero, “Los orígenes de Macedonia” (25-87) se estudian los inicios del pueblo macedonio, se delimita el espacio geográfico de su reino y se introduce al lector en la cuestión sobre la pertenencia o no de los macedonios al mundo griego. Un asunto muy interesante, pero tremendamente complicado al estar muy politizado, pero que Agudo Villanueva presenta muy correctamente sin tomar partido abiertamente por ninguno de los bandos. Sus conocimientos arqueológicos y sus contactos con A. Kottaridi, la directora de las excavaciones en Vergina, convierten a este capítulo en uno de los mejores del libro.

En la segunda parte de este bloque se estudian la sociedad, la religión y la organización política de Macedonia, siendo en mi opinión la parte más destacable del libro, pues lo fácil habría sido escribir un estudio positivista en el que primasen la descripción de los acontecimientos históricos, pero de este modo podemos contextualizar a las grandes personalidades históricas de la antigua Macedonia y entender que existieron peculiaridades en este pueblo que muchas veces son obviadas para incrementar sus semejanzas con los griegos. Aspectos como la caza, los banquetes, el papel de la asamblea macedonia o su interpretación del rey macedonio como el padre de su pueblo (pág. 85: “una especie de padre que guía a sus hijos y que cuando muere, deja huérfanos a sus súbditos”) se presentan por primera vez en lengua castellana de forma clara y lúcida.

El segundo bloque, “La historia de Macedonia” (91-143) está dedicado a los eventos políticos que se produjeron en Macedonia antes del reinado de Alejandro. El autor dedica unas 50 páginas a desarrollar un tema que en las biografías de Alejandro Magno quedaba reducido tradicionalmente a una página. Generalmente suelen hacerse alguna que otra mención a reyes como Alejandro I Filohelene, Arquelao y Filipo II, pero al resto apenas se les ha prestado atención. Se suele reconocer la contribución de Filipo en el engrandecimiento de Macedonia, pero sus logros quedan descontextualizados al no conocer la situación anterior que tuvieron que enfrentar reyes como Amintas III. Ahora bien, hasta la fecha no hay ninguna biografía en castellano sobre Filipo de

Macedonia, sólo contamos con un estudio de Arturo Sánchez Sanz sobre las reformas militares del padre de Alejandro que es bastante irregular¹. Por poner un ejemplo se han traducido al castellano dos biografías de Hammond sobre Alejandro Magno², pero no ha ocurrido lo mismo con su *Philip of Macedon*³. De uno de los grandes historiadores de la Antigüedad, Arnaldo Momigliano se ha traducido prácticamente todo, pero su libro de 1934, *Filippo il Macedone* todavía espera que alguien se decida a traducirlo. En otras palabras, incluso a la hora de hablar de Filipo, el hombre que Teopompo de Quíos (*FGrH*, 115, F27) calificó como el más grande que Europa había conocido, hay carencias en la historiografía española que Mario ha tenido que afrontar y que ha ayudado en la medida de sus capacidades y medios a solventar.

Tal vez por este motivo, el tercer bloque del libro, “Los orígenes de Alejandro” (pp. 147-185) está dedicado a conocer el entorno familiar de Alejandro. Agudo Villanueva ni contrapone ni enfrenta al padre con el hijo como suelen hacer la mayoría de los historiadores. Al contrario, se esfuerza en demostrarnos la deuda de Alejandro con su herencia paterna y con Macedonia.

En el cuarto bloque, “Alejandro en el poder” (pp. 189-210) se centra en la figura de Alejandro. Un personaje sobre el que se han vertido auténticos ríos de tinta. Aquí el problema es completamente diferente, se ha escrito tanto que la posibilidad de decir algo nuevo resulta sumamente remota. Un personaje por el que el autor no oculta su admiración, pero que no duda en criticar cuando es necesario. Como Macedonia es el verdadero objeto de estudio la narración de los hechos finaliza con la salida de Alejandro de su tierra.

El libro concluye con una serie de anexos entre los que destaca una breve presentación de las fuentes, que Mario conoce muy bien, pues, aunque como hemos mencionado tiene un conocimiento más que aceptable de la historiografía macedonia y los estudios alejandrinos, el autor prefiere apoyarse directamente en las fuentes siempre que tiene ocasión. Demostrando que conoce muy bien las obras de Arriano y Curcio. No obstante, eso provoca que en ocasiones pase por alto cuestiones que son comúnmente aceptadas por los investigadores. El asedio de Tebas se nos presenta tal y como Arriano lo describe siguiendo a Ptolomeo, y nunca se pone en guardia al lector de las desavenencias de éste con Pérdicas, hijo de Orontes, que pudieron influir en su descripción de los hechos.

Como toda obra no está exenta de errores. La mayoría se deben a las dudas del autor a la hora de transcribir correctamente los nombres griegos al castellano. Enumeramos algunas de ellas: p. 31, n.6 escribe Pidno cuando quiere decir Pindo; p. 66, escribe Amfópolis en vez de Anfópolis; p. 66, Pella en vez de Pela; p. 78, Eufraios en lugar de Eufreo; p. 159, Peitagoras en vez de Pitágoras. Tampoco se citan los autores clásicos con las abreviaturas convencionales, pero el libro no está dirigido únicamente a especialistas y se ha optado por este sistema para que sea más asequible a la mayor cantidad de lectores.

Hay cuestiones sobre las que se puede disentir con el autor, pero que no empañan en modo alguno la calidad del libro. En la pg. 115 se dice que Filipo se hospedó en la casa del padre de Epaminondas y que sólo volvió a Macedonia tras la muerte de Pérdicas III. Sabemos por las fuentes que Filipo gobernó algunos territorios de Macedonia en vida de su hermano; Se dice que el relato de Arriano en el asedio de Tebas es el “más

¹ *Filipo II y el arte de la guerra*, Madrid, 2013, 152.

² F. J. GÓMEZ ESPELOSÍN, *Alejandro Magno. Rey, general y estadista*, Madrid, 1992, 441; F. J. GÓMEZ ESPELOSÍN, *El genio de Alejandro Magno*, Barcelona, 2004, 288.

³ N. G. L. HAMMOND, , *Philip of Macedon*, London 1994, 235.

técnico y riguroso” (p. 200) de nuestras fuentes cuando sabemos que denigra a Pérdicas (cf. p. 215); p. 231 afirma que el Pseudo-Calístenes fue “una fabulación sin rigor histórico” cuando es una fuente importante para la ascensión de Alejandro o en su posible coronación como faraón en Egipto.

Ser un precursor en un campo nunca es una tarea fácil. Al contrario, abrir nuevos caminos siempre conlleva responsabilidad y la obligación de marchar por donde nadie lo ha hecho antes. Es una empresa difícil y solitaria. Y Mario Agudo Villanueva lo ha recorrido con gran dignidad. Esta obra no sólo llena un vacío, nos obliga a reflexionar sobre los motivos que han provocado que los investigadores españoles hayamos descuidado durante décadas los estudios macedonios.

A. I. MOLINA MARÍN
Universidad de Alcalá
miprofeignacio@gmail.com
